Historia de ...
Hernan Cortés en
Méjico

Madrid

[1893?]

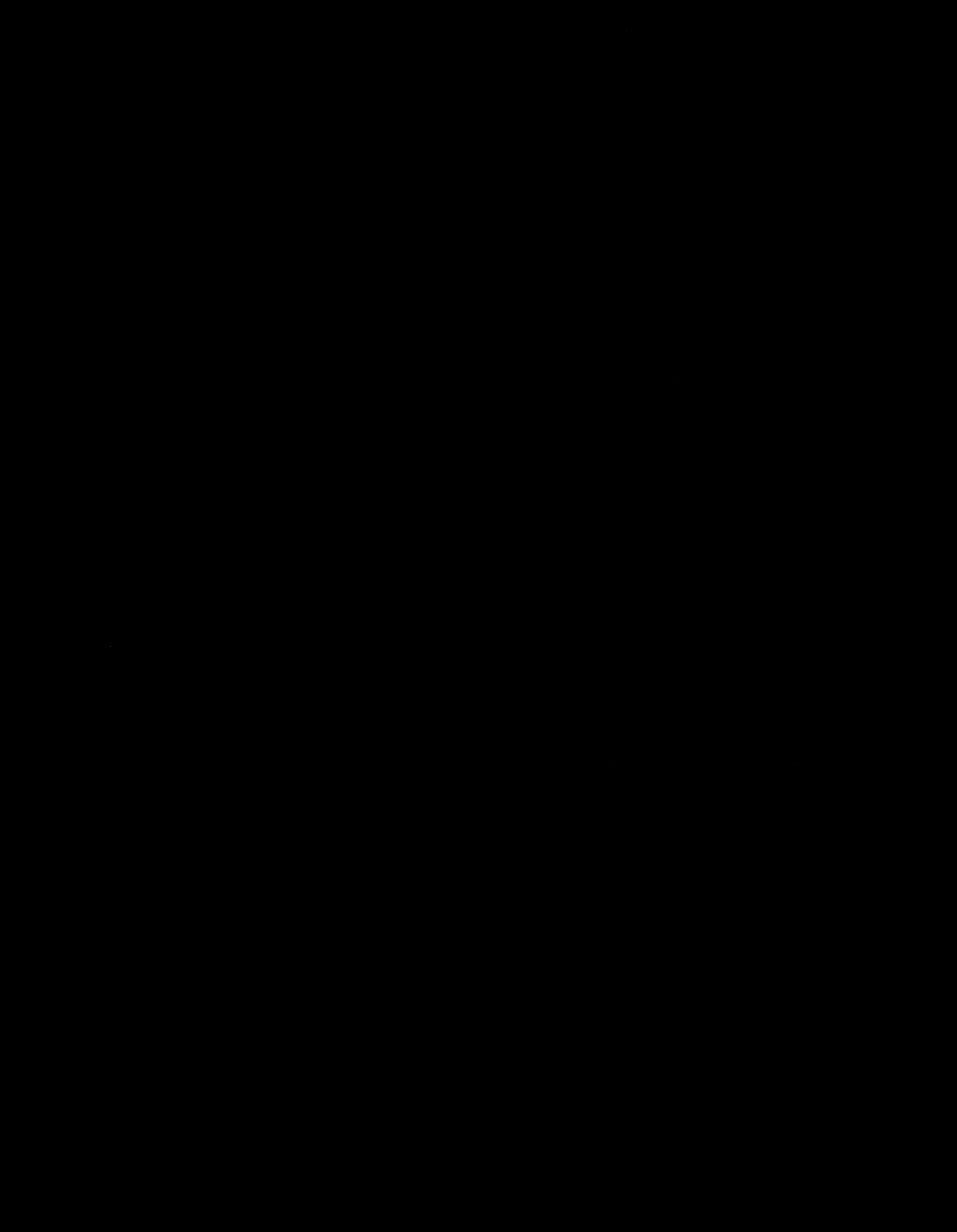
Reel: 43 Title: 7

BIBLIOGRAPHIC RECORD TARGET
PRESERVATION OFFICE
CLEVELAND PUBLIC LIBRARY

RLG GREAT COLLECTIONS
MICROFILMING PROJECT, PHASE IV
JOHN G. WHITE CHAPBOOK COLLECTION
Master Negative Storage Number: OCl00043.07

Control Number: ADT-3018
OCLC Number : 29688217
Call Number : W 381.568 H629 v.3 AVEN
Title : Historia de las aventuras y conquistas de Hernan Cortés en Méjico.
Imprint : Madrid : [Hernando, 1893?]
Format : 24 p. : ill. ; 22 cm.
Note : Cover title.
Note : Caption title: Aventuras y conquistas de Hernan Cortés en Mejico.
Note : Title vignette.
Subject : Cortés, Hernán, 1485-1547.
Subject : Chapbooks, Spanish.
Subject : Mexico History Conquest, 1519-1540.

MICROFILMED BY
PRESERVATION RESOURCES (BETHLEHEM, PA)
On behalf of the
Preservation Office, Cleveland Public Library
Cleveland, Ohio, USA
Film Size: 35mm microfilm
Image Placement: IIB
Reduction Ratio: 8:1
Date filming began: 9.27-94
Camera Operator: CS



(TRES PLIEGOS.)



HISTORIA

DE LAS AVENTURAS Y CONQUISTAS

DE

HERNAN CORTÉS

EN MÉJICO.

MADRID.

Despacho, calle de Juanelo, núm. 19.


ES PROPIEDAD.

AVENTURAS Y CONQUISTAS

DE

HERNAN CORTÉS

EN MEJICO.

CAPITULO I.

Nacimiento, educacion y juventud de Hernan Cortés.—Se embarca para el Nuevo-Mundo.

Luégo que el inmortal Colon reveló la existencia de un Nuevo Mundo, los españoles se lanzaron en seguida á la carrera que se les acababa de abrir, la que ofrecia á todos inmensas riquezas y grandes reinos que conquistar. Entre la multitud que se abalanzó á conseguir gloria y fortuna, muchos capitanes han alcanzado el alto honor de que fuesen inscritos sus nombres en las páginas de la historia; pero el que ocupa el lugar mas distinguido despues de Colon, es sin disputa el célebre conquistador de Méjico Hernan Cortés.

Nació Hernan Cortés en Medellin, villa de Extremadura, en el año de 1485; era hijo de D. Martin y de doña Catalina Pizarro. Notando D. Martin en su hijo el gérmen de un talento que bien cultivado podia conducirle á grandes resultados, resolvió hacerle emprender la carrera de las letras, para lo cual á la edad de 14 años pasó á estudiar en la ciudad de Salamanca. Al cabo de dos años, cuando bubo adquirido ya bastantes conocimientos, vió que la carrera que habia emprendido era incompatible con su genio fogoso é inclinaciones bulliciosas, y desde entonces empezó á fastidiarse de esta vida inactiva. Vióse pues obligado á abandonar á Salamanca y regresar á Medellin; allí arrastrado del ardor de su carácter, aprendió á manejar las armas, á domar caballos y á ocuparse en ejercicios violentos. Por fin, cediendo al ascendiente de una vocacion irresistible, eligió la carrera militar.

Obtuvo el permiso de su padre para pasar á Italia al servicio del famoso Gonzalo de Córdoba; pero una enfermedad que le sobrevino el mismo dia de su partida, le impidió hacer su aprendizaje militar en la escuela del Gran Capitan.

Restablecido de su indisposicion, todas sus miras se dirigieron á las Indias Occidentales, y resuelto á ir á buscar fortuna y gloria, se embarcó para el Nuevo-Mundo.

Llegó á la isla de Santo Domingo en el año de 1504 provisto de cartas de recomendacion para don Nicolás de Ovando, gobernador de la isla, y fué muy bien recibido. Apenas tendria entonces unos veinte años, y ya dió pruebas de su valor y energía durante su viaje, en el que se vió espuesto á grandes peligros.

Cuando en 1511 Diego Colon, que habia sucedido á Ovando, se propuso conquistar la isla de Cuba, Cortés no podia dejar pasar por alto una ocasion tan oportuna para él, practicó todas las diligencias imaginables á fin de que le emplearan en esta expedicion, y logró ser colocado en calidad de secretario de Diego Velazquez, que era jefe de ella.

CAPITULO II

Conquista de Cuba.—Cortés es nombrado comandante general de la armada. Parte la expedicion á la conquista de Nueva-España.

De todas las conquistas que hicieron los españoles en el Nuevo-Mundo, ninguna fué llevada á cabo con mas facilidad que la de la grande isla de Cuba; es por cierto bien admirable y sorprendente que para conquistar una isla de mas de setecientas millas de estension y de un gran número de habitantes, hubiese bastado la pequeña partida de trescientos hombres para llevarla á cabo; mas no lo es tanto como á primera vista parece, si se atiende á que los naturales no eran belicosos, y ningun preparativo ni medida habian tomado para oponerse á la invasion.

Velazquez apreciaba á Cortés en gran manera, y estaba muy satisfecho de ver en aquel jóven la sabiduría y el talento con el valor y la intrepidez.

En 1518 el gobernador de Cuba, Velazquez, dió órden para poner en pié un pequeño ejército de voluntarios para hacer nuevos descubrimientos. Esta expedicion cuyo jefe era Juan de Grijalba, dió por resultado el reconocimiento de Yucatan, en donde tuvieron lugar muchas entrevistas con los naturales, quienes cambiaron gran cantidad de oro por piezas de vidrio de diferentes colores.

Los descubrimientos de Grijalba se supieron con prontitud entre los que se habian quedado en Cuba, y escitaron un vivo entusiasmo; pero ninguno experimentó las sensaciones de Cortés, quien veia iba á abrirse el un teatro digno de sus talentos, y no dudaba que se le conferiria un cargo importante en esta próxima espedicion.

Hacíanse los preparativos con la mayor celeridad: los soldados se presentaban con prontitud: fué urgente nombrar un jefe. Esta eleccion traia solícito á Velazquez: preveia que á tan grande distancia ese jefe se haria bien pronto independiente de su autoridad, y obraria por su propia cuenta.

Los candidatos eran muchos, lo cual aumentaba la incertidumbre

indeterminacion de Velazquez. Pero llegó, en fin, el instante que habia de decidir del porvenir de Cortés. El Gobernador le eligió creyendo encontrar un hombre dotado de talento militar, en quien pudiese fundar sus mas lisonjeras esperanzas, y opinaba que la categoría y el carácter de Cortés, no le permitirian aspirar á la independencia.

Recibió Cortés su destino con las mas vivas demostraciones de respeto y sumision hácia el gobernador. Enarboló al instante la bandera en la puerta de su casa; se presentó entre los suyos con todas las distinciones de su nueva dignidad; empleó toda su actividad y valimiento para hacer determinar á muchos de sus amigos á que le siguiesen, y empleó sus caudales en comprar pertrechos y provisiones, adelantando cuanto le fue posible los preparativos de su viaje.

No faltó quien atribuyese á Cortés un fin desfavorable, y dieran á Velazquez quejas acerca del hombre á quien acababa de demostrar tan ciega confianza. Estas pérfidas insinuaciones produjeron tan profunda impresion en el sospechoso espíritu de Velazquez, que Cortés no tardó en reconocer señales de desconfianza; y conociendo los peligros que de un retardo se podrian ocasionar, arregló sus negocios con prontitud, y se hizo á la vela, no sin haber renovado al gobernador sus protestas de sumision y respeto.

La precipitada marcha de Cortés aumentó las sospechas de Velazquez, y llegaron al mas alto grado de exaltacion sus celosos temores. En consecuencia, envió mensajeros á la Trinidad, en donde estaba estacionada la armada, con órden de que se le destituyera, y ocupara su puesto un oficial, á quien designaba espresamente.

Cortés trató entonces de defender sus intereses; reunió sus tropas, y con aquella elocuencia natural que en tan alto grado poseia, les manifestó la celosa conducta de Velazquez, y las tentativas que hacia para privarle del mando. Oficiales y soldados al saber estas circunstancias se indignaron altamente, y unánimes le suplicaron que no abandonase el destino, al cual tenia tantos derechos, prometiéndole que le seguirian en todas partes, y que derramarian hasta la última gota de su sangre para mantenerle en el poder.

Mucho agradó á Cortés la espresion de estos sentimientos tan análogos á los suyos, y seguro de la fidelidad de sus tropas, concluyó todos sus preparativos, y nada se oponia ya á su marcha.

Lo colosal de la empresa y las dificultades que á ella iban acompañadas eran muy superiores á las fuerzas de la armada; todo era insuficiente respecto al tan grande objeto á que se destinaba, como era la conquista de un vasto imperio. La flota consistia en once navíos, de los cuales el mayor era de cien toneladas: el número de los marineros era 109, y el de los soldados 508, divididos en once compañías. Si ese pequeño número de hombres era objeto de asombro, los medios y los recursos de que disponian, eran por razon de su debilidad, mas dignos de asombro aún. Sus fuerzas consistian en 16 caballos, 413 mosquetes, 32 arcabuces, dos pequeñas piezas de campaña y cuatro falconetes; los soldados iban armados de picas y espadas.

Con tan débiles recursos, Cortés se hizo á la vela para ir á declarar la guerra á un monarca cuyos dominios eran mas dilatados que los del mas poderoso de Europa. Pocos ejemplos ofrece la historia de una empresa tan atrevida. Las pasiones, empero, que animaban á los castellanos, eran un estímulo muy poderoso. Cada soldado se creia ser un héroe que volaba por su propia cuenta á una conquista que necesariamente debia coronar sus osados esfuerzos.

Despues de haber invocado Cortés la divina proteccion del Cielo, partió el 10 de Febrero de 1519, dirigiéndose á la isla de Gozumel. A causa de una feliz casualidad, fue muy provechosa á Cortés su permanencia en esta isla, donde pudo rescatar un español, cuya presencia causó una agradable sorpresa. Andaba casi desnudo, llevando en la mano un arco: se llamaba Gerónimo de Aguilar nacido en Ecija. Ocho años antes habia naufragado pasando del Darien á Santo Domingo: durante su permanencia en ese país habia podido aprender su idioma, lo cual sirvió muchísimo á Cortés para tener á su lado un intérprete.

En 4 de Marzo emprendió Cortés su navegacion hácia la embocadura del rio de Tabasco: confiaba que seria allí recibido amistosamente, pero salieron frustradas sus esperanzas, pues apenas echó el áncora, observó que los habitantes hacian preparativos para oponerse á su desembarco.



Envió á Aguilar á fin de ofrecerles la paz, empero este volvió por contestacion que los enemigos eran en gran número, y que se habian negado á escucharle. Si bien no queria Cortés empezar sus conquistas por esta provincia, sin embargo, le pareció importante no cejar ante el primer peligro que se le presentaba; mandó pues preparar un desembarque, el que

se efectuó, teniendo por resultado el sostener un renido combate con los indios, que se defendieron obstinadamente.

Esta sangrienta accion seguidas de otras muchas escaramuzas, en las cuales quedaron derrotados siempre los indios, abatió el valor de los mas bravos, obligandoles á pedir la paz. Vinieron á arrojarse á los piés de Cortés quince hombres con un presente de aves, maiz y peces; el general los recibió con amabilidad.

Establecieronse amistosas relaciones, y trocaronse algunos regalos. Entre los presentes que se hicieron á Cortés, se notaban objetos fabricados con primor: habia tambien 20 esclavas, cuyo regalo fué de mucha importancia, porque entre ellas se encontraba la ilustre doña Marina, que representó un gran papel en la conquista de Méjico. Bautizóla inmediatamente el P. Olmedo, y la puso el nombre que acabamos de manifestar.

Como tenia una rara inteligencia aprendió en poco tiempo la lengua española, y no solamente como intérprete fué de grande utilidad doña Marina; habituada á las costumbres, usos y defectos de los mejicanos, conocia muy bien su carácter: en consecuencia, fué destinada muchas veces para negociaciones delicadas, descubrió muchos complots, y desbarató alguno de sus maquiavélicos planes.

CAPITULO III.

Conferencia con los embajadores de Motezuma.—Negativa de este á la entrevista solicitada por Cortés.

Permaneció Cortés algunos dias en Tabasco para cuidar de los enfermos, prosiguiendo luego su viaje hácia el Oeste sin perder de vista la ribera, y desembarcando en San Juan de Ulúa. Cuando estaba en la ensenada acercóse á su bajel dando señas de paz, una canoa grande en la que se notaban entre varios indios dos personajes de distincion. Subieron algunos al navío sin temor ni desconfianza, y con ademan respetuoso dijeron á Cortés algunas palabras que Aguilar no pudo comprender; pero se presentó doña Marina, y traduciendo en lengua de Yucatan lo que decian en Mejicano, se supo que estos dos personajes eran enviados por el gobernador de esta provincia, sujeta á un grande y poderoso monarca, llamado Motezuma: venian para informarse qué intenciones abrigaba Cortés al visitar aquellas costas, y para ofrecerles al mismo tiempo los socorros que necesitase.

Manifestó Cortés á los comisionados que él y los suyos estaban muy satisfechos de sus ofertas, y que sus sentimientos eran de paz y amistad;

y terminó dándoles algunas bujerías de poco valor. Contentos con ese regalo los embajadores hicieron al gobernador una relacion muy favorable de todo cuanto habia mediado; de modo que este no se opuso al desembarco de los extranjeros; y gracias á su socorro, Cortés estuvo establecido en tierra en poco tiempo con sus soldados, caballos, artillería, etc., etc. Su primera diligencia fué arreglar tiendas de campaña y fortificarlas. Los naturales contribuian á su construccion, mientras que los otros traian provisiones de todo género de aves y frutas. No tardó mucho tiempo en anunciarse al general que el gobernador queria hacerle una visita: en efecto, al dia siguiente presentóse ese personaje, llamado Teutile: iba acompañado de una numerosa escolta. Considerándole Cortés como un ministro de un gran rey, le recibió con toda ceremonia y etiqueta: hízole decir que Cárlos de Austria, rey de Castilla, le enviaba en calidad de embajador, y por tanto estaba encargado de comunicar al mismo emperador unas proposiciones de la mas alta importancia: por consiguiente, pedia que le condujeran á su presencia sin pérdida de tiempo.

Esta demanda llenó de asombro á Teutile, pues sabia muy bien que Motezuma de ninguna manera queria tener comunicaciones ni tratos con los estranjeros, cuya presencia en los dominios de su territorio habia llenado su espíritu de temores: por otra parte, negando la demanda de Cortés temia escitar su cólera; asi, antes de disuadirle de su proyecto, creyó oportuno ganarse primero su voluntad, obligándole á aceptar un magnífico regalo.

A fin de conservar Cortés las buenas relaciones, quiso mostrarse tambien generoso, entregando á Teutile algunos diamantes artificiales y otros varios objetos de lujo.

Para dar á los mejicanos una idea exacta de la fuerza y poder de los españoles, mandó Cortés tomar las armas y colocar la tropa en órden de batalla: hizo la infantería variados ejercicios; la caballería practicó diferentes evoluciones; en fin, la artillería, disparando contra un espeso bosque, hizo pedazos algunos árboles. Miraron los mejicanos los ejercicios militares con aquel silencio y admiracion propios de quien contempla objetos nuevos que le parecen formidables: pero al horrísono estruendo del cañon se espantaron tanto, que unos huyeron y otros cayeron de terror.

Cortés pidió luego una entrevista con el gobernador, y con un tono firme y con grande autoridad volvió á renovar su pretension. No pudiendo Teutile alegar mas escusas, vióse obligado á prometerle que pondria todo su empeño para conducirle á la capital: en seguida se despacharon unos mensajeros para la corte, asegurando que dentro de breve tiempo se sabria la contestacion de Motezuma. Efectivamente, recibióse al cabo de siete dias la respuesta que con tanta impaciencia se esperaba.

El monarca mejicano quedó sorprendido estraordinariamente de la relacion que le hicieron los mensajeros. Su contestacion, por consiguiente, fué negativa; pero temiendo no escitar la cólera de los españoles, mandó por medio de embajadores unos magníficos presentes.

Recibió Cortés los regalos con grandes muestras de aprecio, y con un

profundo respeto hácia el principe que tan generoso se mostraba. Estas disposiciones movieron á los embajadores á cumplir con la segunda y mas difícil parte de su mision. Valiéronse de las palabras mas atentas y conciliadoras para manifestar que el emperador no queria admitir á los estranjeros en su corte. Conoció entonces Cortés cuán necesario era esplicarse con un tono firme y positivo, y así les contestó en alta voz: que le era imposible volver á su país sin haber cumplido la mision que le habia encargado su gobierno, y que los españoles no retrocedian ante ningun peligro cuando se trataba de cumplir con su deber.

La serenidad y aire majestuoso del general impusieron á los embajadores, que se apresuraron á volver á dar cuenta al emperador de la respuesta de Cortés, y pidieron á este que no saliese de su actual posicion hasta que volviesen con nuevas instrucciones.

Cuando vió Motezuma la obstinacion de Cortés, se indignó de tal modo, que en los trasportes de su furor, juró sacrificar á sus dioses á todos aquellos aventureros. Esta cólera, empero, calmóse por grados, y terminó por último en hacer reunir su consejo, para escuchar los pareceres de sus cortesanos.

CAPITULO IV.

Disensiones entre los españoles.—Cortés hace dimision del mando y es nuevamente elegido.—Fundacion de Vera-Cruz.—Sumision de los zempoales.—Conspiracion en el ejército.—Destruye Cortés su flota.

Miéntras que Motezuma permanecia inactivo, indeciso y temeroso, Cortés no estaba tampoco en una posicion favorable. Habia aparecido entre los españoles un gérmen de desunion y disgusto, escitado por los partidarios de Velazquez. Aunque Cortés habia empleado la mas esquisita vigilancia con el objeto de hacer desaparecer los peligros intestinos de que se veia rodeado, sin embargo, no se sentia con bastante fuerza para despreciar la opinion de algunos de los oficiales que le miraban como un simple comisionado de Velazquez. Habian observado estos que en las órdenes que Cortés espedia obraba siempre como si hubiese recibido su comision de manos del rey, y no de las del gobenador de Cuba. Altamente ofendidos del olvido de estas fórmulas, solo aguardaban ocasion favorable para rebelarse. Mientras esto pasaba llegó Teutile al campamento; era portador de la órden formal que daba Motezuma á los extranjeros, para que abandonasen inmediatamente sus Estados. Cortés insistió en que era indispensable se verificase la entrevista con el emperador. Teutile se despidió bruscamente, dando ciertas miradas que [illegible]laban á comprender toda su sorpresa y resentimiento.

La retirada de Teutile y la huida de todos los habitantes que hasta entonces habian surtido de víveres á los españoles, los sumergió en una profunda consternacion. Bien pronto el desaliento se hizo general y los descontentos se aprovecharon de él, para intentar que Cortés diese la vuelta á Cuba, acusándole entre los soldados de que les conducia á la muerte.

El prudente general, tan sagaz como valeroso, quiso conocer la disposicion de la mayor parte de sus soldados. Al instante mandó que se anunciase en el campamento el próximo reembarco. Esta noticia dejó pasmados á los españoles que, desde que habian puesto el pié en aquella tierra, lisonjeaban su codicia con las mas brillantes esperanzas; iban, pues, á volver vergonzosamente sin haber recibido la mas pequeña indemnizacion de las fatigas sufridas y peligros en que habian aventurado su existencia. En todo el campamento la indignacion de los soldados se desahogaba en violentas murmuraciones contra Cortés.

Esto era lo que él queria; la cólera de sus soldados favorecia sus proyectos. Esta diestra maniobra escitó un gran tumulto en el campo, y todos pedian que Cortés renunciase el mando de la tropa, y que se volviese á Cuba. En este momento se presentó Cortés manifestando la mayor sorpresa por aquel desórden. Los soldados le rodeaban para reconvenirle, porque desconfiaba del resultado de una empresa de gloria para la España, y le declararon que ellos sabrian elegir jefe que les conduciria al noble fin de sus esfuerzos.

Viéndose Cortés atacado con tal violencia, respondió que jamás le hubiera ocurrido renunciar á una empresa gloriosa si no le hubieran comunicado el desaliento del ejército, y que con el mayor sentimiento habia tomado una resolucion tan contraria á sus deseos y esperanzas. Fué interumpido por los soldados que le decian á gritos que le habian engañado indignamente, y que estaban prontos á seguirle y arrostrar los mayores peligros, y aun la muerte.

El general les dió las gracias por haberle desengañado, y los felicitó por su constancia, anunciándoles que iba á tomar las disposiciones para fundar una colonia en el paraje en que se encontraban. Estas palabras fueron recibidas con gritos de alegría por todos los guerreros.

Queriendo Cortés aprovechar esta circunstancia para legitimar su mando, y proponiéndose fundar una colonia, formó para ella un ayuntamiento de hombres afectos á sus intereses. Cuando esta especie de tribunal quedó establecido, se presentó á él llevando en la mano el baston de mando, y le depositó en manos de los nuevos magistrados, diciendo, que considerándoles como representantes ó delegados del soberano, se sometia al fallo de su autoridad, para que nombrasen comandante en nombre del rey al oficial que les pareciese mas digno de este honor, que él estaba pronto como soldado raso á dar ejemplo de obediencia.

La dimision de Cortés fué admitida por los jueces. Procedióse luego á una nueva eleccion, y fue proclamado él mismo por unanimidad de votos. Concluido este acto, el tribunal anunció su resultado á las tropas, que con aplausos ratificaron la eleccion.

Trazóse el plan y se trabajó con ahinco en la construccion de la nueva poblacion, á la que se dió el nombre de *Vera-Cruz*, llamándola así porque el dia en que habian desembarcado era en Viernes Santo.

No tardó Cortés en determinarse á emprender la marcha, y al momento de partir se le presentaron cinco individuos enviados por el cacique de Zempoala para hacerle proposiciones de alianza, manifestándole la impaciencia con que sufrian la cruel dominacion del emperador, y que estaban prontos á unirse con los españoles para derribar á su tirano opresor.

Conoció Cortés todas las ventajas que estas disposiciones le prometian, despidió á los enviados colmándolos de regalos, y encargándoles que dijesen á su señor que iria pronto á visitarle.

Púsoso inmediatamente en marcha con sus tropas, mientras que la escuadra iba costeando. Al cabo de tres dias de marcha entró el ejército en la capital de la provincia Conferenció Cortés con el jefe indio, procurando conocer sus verdaderos sentimientos: el cacique dejó desahogar todo el ódio que le animaba contra Motezuma, cuyo yugo deseaba sacudir, manifestando que su espíritu guerrero no les permitia ser esclavizados por mas tiempo, y por consiguiente se comprometia á prestar á Cortés toda clase de auxilios á fin de destruir al despótico monarca.

Dirigióse la primera empresa de los españoles y de sus nuevos aliados hácia la provincia de Zimpacingo. A su llegada vinieron á recibirle ocho de los principales jefes, ofreciéndoles sus servicios y sometiéndose voluntariamente á sus órdenes, pues no sufrian con menos impaciencia que los de Zempoala la tiranía de Motezuma. Cortés, cuyas miras eran aumentar el número de sus aliados, procedió con mucha cordura, ordenando que se respetaran las propiedades de los habitantes, manteniendo la buena inteligencia y armonía entre españoles é indios.

Determinado Cortés á llegar hasta Méjico, hacia los preparativos militares de tan arriesgada espedicion; pero su escesivo celo por los intereses de la religion, le pusieron á punto de comprometer una empresa que no se le presentaba difícil. Noticioso de que debia verificarse un sacrificio humano en un templo indio, acudió con algunos de sus campeones, tratando de impedirlo á todo trance. De aquí no debia pasar el celo del general; pero quiso además que los ídolos fuesen hechos pedazos, y obligar á los ministros de un culto bárbaro á renunciar sus supersticiones. Cortés se olvidaba que aquellos hombres no conocian todavía una religion mejor que la que él les mandaba abjurar.

Los sacerdotes, puestos de rodillas, prorumpieron en lamentos, pero Cortés fué inflexible, y mandó derribar todos los ídolos. Entonces los sacerdotes, sacando fuerzas de su misma desesperacion, llamaron al pueblo á las armas. El general español no dió señales de cobardía, y anunció por medio de doña Marina á los indios que si se atrevian á disparar una sola flecha pereceria el cacique y con él todo su pueblo. Los soldados ejecutaron las órdenes de Cortés, echando á rodar los ídolos, que se hicieron menudos pedazos. Laváronse las paredes salpicadas de sangre, y una imágen de la Vírgen ocupó el lugar del ídolo mejicano.

Los indios, testigos de esta ejecucion terrible, se imaginaban que el fuego del cielo iba á consumir á los profanadores de su templo y destructores de sus divinidades: pero cuando vieron que los españoles quedaban sanos y salvos, esta impunidad les hizo suponer que el Dios de los estranjeros debia ser mas poderoso que el suyo, y se apaciguaron.

Peligros de otro género venian á entorpecer la grande empresa. Proyectaron, pues, algunos soldados y marineros apoderarse de los bajeles para huir á Cuba. La conspiracion fué descubierta, y Cortés mandó prender y castigar á los autores: pero el espíritu de insubordinacion que de algun tiempo reinaba en su escasa tropa, no estaba completamente estinguido, y para quitar á los descontentos toda esperanza de salir con su idea, tomó la enérgica resolucion de destruir su escuadra, para que convencidos sus soldados de que la fuga era imposible, se resolvieran á vencer ó morir.

Trasladáronse á tierra las velas, jarcias, el hierro y todo cuanto podia ser de alguna utilidad, y despues de quedar completamente desmantelados los buques, se le pegó fuego y se echaron á pique.



Engrosadas las filas de los soldados con los marineros y demas personas que estaban empleadas en los bajeles, tomó Cortés sus disposiciones para partir. Tenia entonces disponibles quinientos hombres de á pié y

quince de á caballo, con seis piezas de campaña. Dejó de guarnicion en Vera-Cruz como 80 hombres, casi todos inútiles para el servicio, á causa de su edad ó poca salud. Incluyó asimismo en ellos 40 indios de distincion para servirle de rehenes y responder á la seguridad de los españoles.

CAPITULO V.

Guerra con los Tlascaltecas.—Traicion y castigo de los habitantes de Cholula.—Entrevista de Cortés y Motezuma.—Entrada de los españoles en Méjico.

El pequeño ejército de Cortés partió de Zempoala el 10 de Agosto de 1519. No ocurrió suceso notable en los primeros dias de marcha, como que se atravesaba un país cuyos caciques eran aliados de los españoles. Llegaron, por fin, á Tlascala, provincia populosa, cuyos habitantes estaban dotados de un valor á toda prueba y un ardiente amor á la independencia. Sometido durante mucho tiempo al gobierno mejicano, habian conquistado al fin su libertad, y vivian en una especie de república federativa.

Luego que conoció Cortés el carácter guerrero de este pueblo, y las ventajas que podria sacar de su alianza, resolvió enviar á la capital una embajada que propusiese al gobierno un tratado de paz.

Para esta importante mision se eligieron cuatro zempoales de los mas distinguidos. Introducidos en el senado dieron á conocer el objeto de su mision, que consistia en obtener el libre paso por las tierras de su república; la contestacion fué negativa, y sin respetar el carácter de embajadores, se apoderaron de sus personas, pero lograron engañar ó seducir á los centinelas y huyeron: se apresuraron á advertir á Cortés que el pueblo se ponia en actitud hostil, y que se reunian considerables fuerzas para resistir á la invasion.

Quedó sorprendido Cortés de esta determinacion, con la que no contaba por cierto: no podia concebir qué razones tenian los tlascaltecas para obrar de ese modo; sin embargo, varias eran las que les impulsaban á ello. Ese pueblo sospechoso y amante de su independencia, se creia que los españoles obraban de comun acuerdo con Motezuma, á pesar de sus contrarias protestas; por otra parte, celósos de su religion, estaban indignados de que los españoles hubiesen destruido los idolos de Zempoala.

Sin embargo, no titubeó Cortés en arrostrar el peligro que le amenazaba; siguió su marcha, y bien pronto se halló rodeado de una multitud de enemigos. Era preciso dar la batalla, y se dió en efecto; pero estuvo en muy poco fuese funesta á Cortés y todo su ejército, por un suceso de poca importancia. Un ginete español, separándose de los suyos, recibió

muchas heridas, y su caballo acribillado de flechas cayó muerto en el suelo: ios indios cortaron entonces la cabeza del animal, y levantándola en lo alto de una pica, la llevaron en triunfo por todas partes, á fin de probar que aquel mónstruo podia ser vencido y muerto. La vista de la cabeza cortada reanima el valor de los indios, siendo su ataque tan impetuoso, que los españoles empezaron á ceder; cuando de repente cesa el combate, y los enemigos abandonan un campo de batalla en el que á poca costa hubieran conseguido una completa victoria. La causa de esta retirada que salva á los españoles fué que habiendo muerto el principal jefe indio, era preciso nombrar quien le reemplazara.

El general español buscó entretanto una posicion en que pudieran fortificarse contra un enemigo tan peligroso; y al dia siguiente envió una nueva embajada, presentando proposiciones pacíficas al senado, y haciéndole conocer las terribles consecuencias de una resistencia mas prolongada; pero no solo se mantuvieron firmes en su resolucion de no escuchar ninguna oferta de paz, sino que previnieron que al siguiente dia al amanecer se presentaria su nuevo general con un ejército formidable para prender á los españoles y sacrificarlos á sus dioses. Cumplieron su palabra; al romper el dia se presentaron numerosas fuerzas, que atacaron con furor á los españoles: pero la táctica militar y la superioridad de las armas, triunfaron del teson y del valor, siendo derrotados los tlascaltecas. No fué suficiente abatirlos por segunda vez; consultaron con sus sacerdotes que pretendian adivinar lo futuro, que les declarasen los motivos por los cuales eran los estranjeros superiores á sus tropas, y respondieron que aquellos hombres eran hijos del sol y debian toda su fuerza á los rayos de este astro durante el dia, pero que por la noche quedaban tan débiles, que era cosa muy facil vencerlos y esterminarlos.

Resueltos los tlascaltecas á aprovecharse del aviso, intentaron un ataque nocturno; pero Cortés, siempre vigilante, habia tomado todas las precauciones para no ser sorprendido: así es, que cuando se presentaron fueron rechazados con gran pérdida. Entonces se llegaron á convencer de que los españoles eran unos seres de una naturaleza superior. Castigaron á algunos de sus magos por el embuste, y despues enviaron á Cortés una embajada solicitando la paz.

Entraron los españoles en la ciudad de Tlascala el 23 de Setiembre. Tan amistosa fué la acogida que les dispensaron, como habia sido llena de mortal encono su conducta anterior.

Permaneció Cortés veinte dias en Tlascala, para dar descanso á sus tropas, del que tanto necesitaban: durante este tiempo se ocupó de los cuidados importantes al buen éxito de sus proyectos, disponiéndose para seguir su camino hasta Méjico.

En el momento que el ejército español reforzado con un cuerpo de 6000 tlascaltecas, iba á romper la marcha, llegó nueva embajada de Motezuma, quien consintió por último en admitir á los españoles á su presencia, recomendándoles que pasaran por Cholula, en donde recibirian de cerca sus órdenes. Esta invitacion pareció sospechosa á los tlascaltecas, que supli-

saron á Cortés no la aceptase, porque ocultaba una emboscada. El general dió las gracias á sus aliados por el aviso, pero les declaró que él no retrocedia por ningun peligro, y marchó con su ejército hácia Cholula. Fueron recibidos los españoles en la ciudad con amistosas demostraciones, pero se prohibió la entrada á los tlascaltecas, bajo pretesto de que eran enemigos declarados de los cholulanos, y tuvieron que acampar fuera de la poblacion.

Dos tlascaltecas que habian conseguido introducirse en la ciudad á favor de un disfraz, informaron á Cortés de que habian visto por la noche un gran número de mujeres y niños que se refugiaban á paraje seguro, y que se habian sacrificado en el templo seis víctimas humanas, práctica que era preludio de una empresa militar. En consecuencia, el general español estuvo alerta y observó á los cholulanos para penetrar sus intenciones, pero una feliz casualidad le hizo descubrir toda la trama. La intérprete Marina, habia inspirado grande afecto á una cholulana de categoría, y deseando salvar esta á su amiga de los peligros que la rodean, puso en su noticia toda la conspiracion formada contra los españoles, aconsejándola que los abandonase para no perecer con ellos. Doña Marina fingió que se aprovechaba de este aviso con muestras de reconocimiento. Se supo tambien que un cuerpo de tropas mejicanas estaban ocultas cerca de la ciudad, para presentarse á una señal convenida; que en algunas calles habia fosos lijeramente cubiertos para que se hundiesen los caballos, y que además habian subido gran cantidad de piedras á lo alto de las casas para arrojarlas contra los españoles.

Advertido Cortés del peligro que corria, se apresuró á tomar sus disposiciones para desconcertar tamaña perfidia. Hizo venir primeramente á la india que habia hablado con Marina, y la fuerza de amenazas la hizo confesar la matanza que estaba dispuesta por los cholulanos, y en seguida mandó prender secretamente á varios de los principales caudillos. Juzgó entonces Cortés, que era indispensable dar un gran golpe para aterrar á Motezuma y á sus parciales; dispuso al efecto, que al momento saliesen las tropas de su alojamiento para empezar el ataque.

Entonces los españoles y los zempoales se precipitaron en las calles, mientras que los tlascaltecas entraban en la ciudad. Bien pronto el suelo quedó cubierto de cadáveres, porque los habitantes sin jefes, se dejaban matar sin resistencia. Los mejicanos salieron de la emboscada para socorrerlos, pero fueron derrotados completamente, y los que pudieron refugiarse en el templo. perecieron al rigor de las llamas, despreciando el perdon que se les ofrecia, prefiriendo la muerte al oprobio del vencimiento, «Cesó el combate, dice Solis, por falta de enemigos.»

Vengado Cortés, dió libertad á los magnantes prisioneros, y echóles en cara su perfidia y haber sido causa de tantas desgracias, lo cual les produjo una terrible impresion de supersticioso temor.

Continuó luego Cortés su marcha a Méjico, cruzando las montañas de Calcó, llegó á Tezcuco y de allí á Iztapalapa. Al bajar la pendiente de una colina, quedaron los españoles agradablemente sorprendidos á vista de un

delicioso paisaje. A su frente se estendia un inmenso lago semejante á un mar: y en medio de este lago, ciudades y villas que parecian salir del seno de las aguas. Entre las ciudades era fácil reconocer á la capital, notable por sus muchos templos. El general, aprovechando el entusiasmo de su ejército, trató lleno de confianza de avanzar por una de las calzadas del lago, hácia el palacio del emperador.

De repente se vieron salir de la ciudad una numerosa comitiva de mejicanos de distintas categorías, con ricas mantas de tela y penachos en la cabeza. Salian á recibir al ejército español, por lo que al acercarse saludaron al general con respeto, y le anunciaron la próxima llegada del mismo emperador. No tardó en comparecer el séquito, cuya vanguardia la formaban doscientos hombres de la servidumbre de palacio, los que traian mantos blancos. Seguian á esta comitiva ocho magistrados con unas varas de oro en la mano, que levantaban sucesivamente; esta era la señal para indicar al pueblo la presencia de su soberano y ordenarle que se postrara en ademan de respeto. Venia luego otra comitiva de personajes vestidos con magnificencia. En el centro de esta comitiva descollaba el monarca en una silla de oro llevada en andas por cuatro señores principales. Otros sostenian un palio guarnecido de plumas verdes, piedras preciosas y franjas de oro. Cortés se apeó del caballo y se adelantó respetuosamente hácia Motezuma. En el mismo instante el emperador se levantó y bajando de las andas se dirigió hácia Cortés por encima de unas alfombras que los de su comitiva iban tendiendo para que no tocase con los piés al suelo. Cortés saludó al monarca á usanza europea, y Motezuma contestó al saludo besando su propia mano.

El emperador era de unos cuarenta años, y de estatura mediana. Vestia un manto finísimo, y llevaba sobre sí tantas joyas de oro y pedrería que le servian mas bien de peso que de adorno.

Cortés y Motezuma entraron juntos en la capital, dirigiéndose á un grande edificio destinado para alojamiento, donde el mismo Motezuma condujo á los españoles; allí se detuvo unos momentos, y despues de distribuir algunos regalos se despidió con muestras de amistad dirigiéndose á su palacio.

CAPITULO VI.

Visita de Cortés á Motezuma.—Muerte del gobernador de Vera-Cruz.—Motezuma es llevado prisionero al cuartel de los españoles.—Espedicion de Narvaez contra Cortés.—Sale Cortés de Méjico en busca de su enemigo y lo vence.

Al dia siguiente se presentó Cortés en la residencia imperial acompañado de sus principales oficiales; allí se entabló conversacion por medio de la intérprete Marina haciendo el emperador varias preguntas sobre los usos y costumbres de los europeos, á los que satisfizo Cortés con mucho agrado; por

último, pidió el general permiso para visitar la ciudad, que estaba deseoso de conocer, consintió en ello el emperador y quedó levantada la audiencia.

Tres dias pasó Cortés en reconocer esta grandiosa ciudad, llamada entonces Tenochtitlan, que segun algunos historiadores aseguran, se contaban mas de veinte mil casas de un piso, y un estraordinario número de magníficos templos.

Veamos cómo Cortés va á salir de la posicion peligrosa en que le ha colocado su audaz empresa, pues no tardó en conocer que tanto él como su ejército se hallaba, en cierto modo, á merced de un pueblo inmenso y de un príncipe cuyo afecto le parecia poco sincero: por otra parte, los avisos que le dabau los tlascaltecas para que desconfiase de Motezuma, habian hecho conocer al general español lo peligroso de su posicion. Un suceso lamentable acaecido en Vera-Cruz aumentó mas la inquietud de Cortés. Supo que despues de su partida, un general americano llamado Qualpopoca, por órden de Motezuma, habia acometido á los españoles de la nueva colonia, en cuyo ataque fué muerto el gobernador con siete soldados, y que otro hecho prisionero habia sido muerto por los mejicanos, y su cabeza la llevaban en triunfo por diferentes ciudades del imperio, para probar que los españoles nó eran inmortales como algunos creian, y que despues este sagrado triunfo habia sido enviado á Méjico.

Otros datos no dejaron duda de las intenciones hostiles de los mejicanos. Por fin, Cortés, tomó una resolucion atrevida y decisiva, que comunicó á sus oficiales. Se trataba nada menos que de apoderarse de la persona de Motezuma: en una palabra, llevársele preso, como una prenda que garantizaba la seguridad de los españoles.

Cortés se valió tan pronto de buenas razones como de amenazas para determinar al emperador á que pasase al cuartel de los españoles. Motezuma se mantenia inflexible, hasta que el jóven oficial Velazquez de Leon exclamó con firmeza: «¿Para qué son tantos miramientos? apoderémonos de ese hombre, ó le atravieso el corazon si intenta resistir. «Motezuma preguntó á la intérprete: qué significaban aquellas palabras tan coléricamente pronunciadas: y Marina le insinuó que era perdido si no se sometia á la voluntad de Cortés. Entonces aquel príncipe que antes habia manifestado alguna energía, cayó en un profundo abatimiento, y se resignó á ir al cuartel de los españoles.

Cortés procuró hacer más llevadero el cautiverio del monarca, permitiendo á sus principales funcionarios que viniesen á visitarle.

Veinte dias habian ya trascurrido, cuando condujeron á Méjico á Qualpopoca y á varios de sus oficiales en virtud de la órden dada por Motezuma; formóseles un consejo de guerra, ante el cual confesaron con repugnancia, que habian obrado en virtud de las órdenes de su soberano: el consejo los condenó á ser quemados vivos. Dió Cortés al monarca conocimiento de este decreto, diciéndole que los criminales le habian acusado de ser él el autor de su atentado, por cuya conducta era preciso espiase su participacion en el crimen con un castigo personal, y sin darle

tiempo de replicar mandó se le pusiesen cadenas. Considerando el monarca esta profanacion de su persona como un preludio de su próxima ruina, espresó sus sentimientos con grandes gemidos.

Cuando los sentenciados exhalaron el último suspiro, Cortés volvió á presentarse á Motezuma y le dijo: «Ahora queda ya satisfecha la justicia, y la muerte de los cómplices ha espiado vuestro crimen.» En seguida mandó que le quitasen los grillos lo que hizo pasar á Motezuma desde la desesperacion á la mas viva alegría, dando las gracias á su libertador.

Varios de los nobles que visitaban á su monarca, se valieron hábilmente de ciertas circunstancias para despertar su energía, en virtud de lo cual mandó llamar á Cortés y le dijo, que esperaba dispusiese cuanto antes su partida, supuesto que ya habia desempeñado la comision que su soberano le habia confiado. Conoció Cortés que esta proposicion era el resultado de algun proyecto convenido entre Motezuma y los nobles: fingió ceder á los deseos del monarca, diciendo que estaba ya ocupado en los preparativos de su marcha; pero como habia destruido sus bajeles necesitaba tiempo para construir otros. Fué acogida favorablemente esta respuesta, y se mandó recorrer los parajes á propósito para cortar las maderas al efecto.

Ocho dias despues declaró Motezuma á Cortés que era ya inútil la construccion de buques, puesto que habia recibido la noticia por sus correos de la llegada á la costa de 18 navíos. Escuchó Cortés esta noticia con trasportes de alegría, figurándose que en aquellos navíos venian los refuerzos que aguardaba; pero una carta de Sandoval, nuevo gobernador de Vera-Cruz, disipó todas sus ilusiones. Por ella se supo que la referida escuadra habia sido equipada por Velazquez, el que habia mandado á Narvaez por jefe de la espedicion, con órden espresa de que hiciese prisionero á Cortés con sus partidarios, y los llevase á Cuba para ser juzgados.

La posicion de Cortés era complicada: si se decidia á marchar en contra de un ejército europeo mucho mas fuerte que el suyo, le era preciso abandonar á Méjico, perdiendo el fruto de tantos trabajos y esfuerzos; pero si esperaba allí á Narvaez, se esponia á tener dos enemigos á quien combatir, porque los mejicanos no hubieran desperdiciado una ocasion tan favorable á sus deseos de venganza.

Por fin se decidió Cortés á marchar, dejando á su teniente Alvarado en Méjico con ochenta hombres, confiando á esta corta guarnicion la custodia de todos los tesoros y del monarca prisionero.

Cortés habia mandado á Sandoval, gobernador de Vera-Cruz, que viniese á unírseles con los pocos españoles que mandaba, confiando al cuidado de la colonia á los indios aliados. Las tropas reunidas de Sandoval y de Cortés no formaban mas que un batallon de 250 hombres, y sin embargo, el animoso Cortés persistió en atacar al enemigo. Hizo, no obstante, una tentativa para entablar relaciones amistosas con Narvaez; pero este contestó al mensaje de Cortés con injurias y amenazas. Lejos de intimidarse por la jactancia de su adversario, Cortés avanzó hasta Zempoala, en cuya ciudad se hallaba aquel con sus tropas. Narvaez salió de

la poblacion para dar la batalla; una abundante lluvia que cayó aquel dia, y la posicion ventajosa que habia tomado Cortés al otro lado de un crecido arroyo, impidieron el ataque.

Entonces Cortés concibió un atrevido proyecto, cual fué el de aprovecharse de la oscuridad de una noche lluviosa y sorprender al enemigo. Fué necesario pasar el arroyo, lo cual practicaron los soldados con mucha dificultad, pero consiguen alcanzar la orilla opuesta, luego resuenan de improviso los terribles gritos de guerra que lanzan Cortés y sus intrépidos soldados. Narvaez, entonces conoce, aunque tarde su error, y en el momento en que trata de abrirse paso con espada en mano, cae sin conocimiento herido de un lanzazo. Sus tropas opusieron alguna resistencia, pero todo fué en vano, y bien pronto tuvieron que capitular.

Cortés se manifestó despues de la victoria humano y hasta generoso, tratando á los prisioneros con el mayor afecto, y dejándolos en libertad de alistarse á sus banderas ó volver á Cuba. Casi todos eligieron el primer partido, y el afortunado general vió reforzado su ejército con 800 soldados. Narvaez fué conducido en calidad de arrestado.

CAPITULO VII.

Rebelion de los mejicanos.—Muerte de Motezuma.—Funesta retirada de los españoles.—Batalla de Olumba.

Apenas gozaba Cortés algunos instantes de reposo, cuando recibió la funesta noticia de la rebelion de los habitantes de Méjico contra los españoles que habia dejado. No habia un momento que perder, por lo que Cortés se dirigió con su ejército á la capital, pasando por Tlascala, donde se le incorporaron 2 000 aliados. Entró, pues, en Méjico con su ejército, y la primera disposicion que tomó fue mandar un destacamento para indagar el estado de la poblacion; pero apenas se adelantó este por las calles, cuando vió caer sobre sí una lluvia de flechas y piedras, siendo necesario desplegar gran presencia de ánimo para salir de esta peligrosa situacion, consiguiendo llegar al cuartel con pérdida de ocho hombres y gran número de heridos.

Al dia siguiente el enemigo dió un asalto, y aunque rechazado con una pérdida enorme, no dejó de renovar sus tentativas contra el fuerte.

En uno de estos encarnizados ataques, Motezuma quiso evitar la efusion de sangre. Se reviste con un manto imperial, se pone la diadema en la cabeza, y subiendo á lo alto de la muralla se presenta á su pueblo. Dirigió el emperador á la multitud un discurso encaminado á calmar su furor, y que cesasen las hostilidades.

Oyóse luego un fuerte murmullo, manifestando señales de indignacion en términos insultantes; y los mismos que hasta entonces habian mirado á su monarca como un Dios, le cubrieron de maldiciones, y empezaron á disparar tan considerable número de flechas y piedras, que antes que los soldados españoles que estaban al lado de Motezuma tuviesen tiempo de cubrirle con sus rodelas, fue herido gravemente por dos flechas que le dieron en la sien, cayendo en tierra sin sentido. El general español mandó trasportar á su habitacion al desgraciado príncipe que no daba señales de vida, y aunque volvió luego en sí de aquel letargo, rechazó con indignacion los socorros del arte, no queriendo sobrevivir á tan ignominiosa afrenta, y hasta su último suspiro se negó á las instancias de los españoles para que abrazase la religion cristiana, pidiendo la venganza de los dioses sobre sus rebeldes vasallos.

Los mejicanos eligieron por sucesor de Motezuma á su hermano llamado Quetlavaca. El primer acto del nuevo emperador fué la continuacion de las hostilidades contra los españoles, y desde luego quedó desvanecida toda esperanza de convenio: los combates se repetian cada vez con mas furor y encarnizamiento. Tomaron posesion los habitantes de una torre del gran templo que dominaba el cuartel de los españoles, donde llevaron gran cantidad de piedras y maderos para arrojarlos cuando llegara el caso. Cortés, que ya se ocupaba en los preparativos de su retirada, juzgó que le seria imposible verificarlo mientras quedasen dueños de aquel lugar los enemigos, pues era necesario hacerles salir de allí á costa de cualquier sacrificio. Encargóse de este ataque el intrépido capitan Escobar, con el auxilio de un fuerte destacamento; pero aunque hicieron prodigios de valor, fue necesario que Cortés acudiese á su socorro, para que los españoles pudiesen ganar la cumbre de la plataforma.

Al dia siguiente los enemigos trataron de cortar la retirada á los españoles, destruyendo los puentes de los diques, y sitiarlos por hambre, quitándoles los medios de procurarse víveres. Pero Cortés meditando cómo desconcertar el proyecto de los mejicanos, hizo construir con celeridad un puente volante, para echarle sucesivamente en las cortaduras de la calzada.

Poco despues de media noche empezó el movimiento con el mayor silencio para no llamar la atencion al enemigo. No encontraron obstáculo ninguno hasta la calzada de Tacuba, que se encontró cortado, y fué preciso echar el puente; pero en el momento en que las tropas se disponian á pasar por él, se oyeron de improviso los gritos de guerra y los sonidos de los instrumentos de aquellos indios: el lago se cubrió al instante de canoas, y una granizada de flechas y piedras se cruzaron por los aires. Turbados los españoles por este acontecimiento, se adelantaron precipitadamente hácia la segunda calzada, abriéndose paso con suma dificultad. Despues de desesperados esfuerzos logró Cortés, acompañado de unos cien soldados y algunos caballos, atravesar la última cortadura de la calzada, sirviéndole de puente los cadáveres de los enemigos, que llenaron el hueco y saltaron á tierra firme. A medida que iban llegando los soldados, les ponia en órden de batalla para poder rechazar el ataque: en

seguida fué recorriendo varios lugares de la calzada para prestar socorro á los que habian quedado atrás; consigue incorporarse con parte de sus compañeros; mas ¡ah! todavía quedaban muchos desgraciados que salvar. Escuchábanse los lúgubres acentos de los que habian caido vivos en poder de un enemigo feroz que los llevaba al templo para inmolarlos á los altares de sus divinidades. Cortés queria libertarlos, mas obstáculos insuperables se lo impiden, y le es preciso limitarse á asegurar la retirada con los pocos soldados que sobreviven á este gran desastre. Esta noche tan fatal á los españoles es conocida hoy dia en Nueva España con el nombre de *Noche triste*.

Cuando amaneció pudo Cortés conocer toda la estension de sus pérdidas, y no pudo reprimir las lágrimas al ver cuántos valerosos compañeros de armas le faltaban; nada se habia podido salvar de la artillería, municiones y bagajes, murieron casi todos los caballos y mas de dos mil tlascaltecas.

En Tacuba fué donde hicieron alto los fugitivos españoles, pero no se detuvieron allí mucho tiempo. Ofrecióse un tlascalteca á servirles de guia para conducirles á su provincia, único paraje donde Cortés podia encontrar hospitalidad. Esta marcha al través de inmensas soledades fué una série de horribles padecimientos y continuos sobresaltos.

Llegaron al sexto dia al valle de Otumba; los enemigos no habian cesado durante la marcha de molestarles continuamente la retaguardia; pero al llegar á una altura inmediata al indicado paraje, descubrieron los españoles allá á lo lejos los numerosos batallones indios que cubrian la llanura. Aquellos mismos que hasta entonces habian conservado toda su serenidad, no pudieron menos de estremecerse á vista de tantos nuevos enemigos que se presentaban para combatir. Cortés reanimó el valor de sus soldados, haciéndoles comprender en una enérgica alocucion que habia llegado el momento de vencer ó morir; y al momento marchó con sus tropas en busca del enemigo.

Terrible fué la refriega; por ambas partes se peleó con un ardor y un denuedo tan grande que rayaba en frenesí. Los españoles penetraron hasta el centro del ejército mejicano, sembrando el suelo de cadáveres; pero despues de cuatro horas de una lucha tan sangrienta, no pudiendo continuar por mas tiempo un combate desigual, y envueltos y acosados por la muchedumbre, iban ya á sucumbir, cuando se acordó Cortés de que el destino de las batallas dependia entre estos pueblos de la suerte del estandarte, puesto que huian despavoridos luego que caia en poder de los enemigos. Reunió al instante á los que habian conservado aun sus caballos y se precipitó con ellos sobre la tropa que custodiaba su insignia; la dispersa, y de un bote de lanza derriba al general mejicano; uno de los ginetes echa pié á tierra, remata de una estocada al general y se apodera del estandarte; visto lo cual por los mejicanos, arrojan las armas y huyen en desórden hácia las montañas. Así fué llevada á cabo tan esclarecida victoria que dejó á los españoles franco el camino de Tlascala, y les proporcionó un botin considerable: oportuna indemnizacion de los tesoros que habian tenido que abandonar en Méjico.

CAPITULO VIII.

Llegada de nuevos refuerzos.—Marcha de los españoles á Méjico—Cortés hace construir una flota para el ataque de la capital.—Prision de Guatimocin y rendicion de Méjico—Marcha Cortés á España.—Se justifica y vuelve á Méjico.—Descubre la California.—Su regreso á España. Su muerte.

Al dia siguiente entraron en el territorio de los tlascaltecas, que los recibieron con su acostumbrada benevolencia, y así pudieron descansar. Hallábanse todavía en Tlascala cuando Cortés recibió una noticia que le colmó de alegría, porque iba á recibir un inesperado refuerzo de armas y municiones de toda especie.

Velazquez, gobernador de Cuba, que se habia creido que la espedicion de Narvaez habia tenido un éxito favorable, enviábale dos bajeles con refuerzos de hombres y municiones: el gobernador de Vera-Cruz hizo mañosamente que entrasen en el puerto los dos buques; se apoderó de ellos y persuadió fácilmente á los que les tripulaban á que sirviesen á las órdenes de Cortés. Poco tiempo despues llegaron otros tres grandes navíos, los cuales formaban parte de una escuadra al mando del gobernador de la Jamaica, para hacer nuevos descubrimientos; pero los capitanes se habian dirigido precisamente hácia unas provincias septentrionales, y habian encontrado pueblos pobres y belicosos que les hicieron mal recibimiento, y el hambre les habia obligado á refugiarse á Vera-Cruz, é invitados allí á incorporarse á las tropas de Cortés le procuraron tan considerable refuerzo, que unido á un cuerpo social que le facilitaron los indios aliados de diez mil tlascaltecas, se encontró en disposicion de entrar en Méjico y conquistar todo el imperio.

Por este tiempo ocurrió la muerte del nuevo emperador Quetlavaca, y los mejicanos eligieron en su lugar á un cercano pariente de Motezuma, llamado Guatimocin, el cual estaba dotado de mucho valor y energía. Cortés no se arredró por eso, y se puso en marcha á la cabeza de su ejército, dirigiéndose á la capital del imperio. Al tercer dia de camino llegaron á Tezcuco, cuya poblacion se halló abandonada.

Conoció Cortés que le seria imposible apoderarse de Méjico sin el auxilio de una flotilla de pequeños buques para dispersar las canoas mejicanas. Puso bajo la direccion de sus carpinteros un gran número de tlascaltecas, tanto para trasportar las maderas como para que le sirviesen de operarios; y pronto se hallaron reunidos los materiales para la construccion de trece bergantines, pero faltaba trasladarlos desde el territorio de Tlascala á Tezcuco, lo cual se verificó por medio de una larga y penosa marcha.

Mientras se trabajaba con tanto ardor, recibió Cortés la importante noticia de la llegada á Vera-Cruz de cuatro navíos enviados desde la Isla Es-

pañola, que le traian un refuerzo considerable, el cual se le incorporó. Resolvió entonces atacar á Méjico por tres distintos parajes, para lo que dividió su tropa en tres columnas. Sandoval obtuvo el mando de la primera. Alvarado el de la segunda, y Olid se puso á la cabeza de la tercera.

Desde este momento no pasó dia sin una accion mortifera: los bergantines tenian que luchar con las numerosas canoas que cubrian el lago, y las tropas de tierra atacando á los mejicanos que ocupaban las calzadas. Conociendo Cortés que si se dilataba mucho aquel estado de cosas, iba á destruir poco á poco su ejército, ya bastante debilitado, tomó todas las disposiciones para dar al dia siguiente un asalto general á la ciudad.

Al salir la aurora cada jefe se puso á la cabeza de su columna, y si los españoles atacaron con vigor, los mejicanos opusieron una resistencia muy porfiada. Cortés con una columna se apoderó de las trincheras que defendian las calzadas, y penetró en la ciudad persiguiendo al enemigo que huia. En medio de este triunfo se acordó de asegurar la retirada para en caso necesario: en consecuencia mandó á Julian Alderete, oficial nuevamente llegado de la Española, que se quedara con sus soldados cubriendo la retaguardia mientras los demas destacamentos seguian combatiendo. Alderete, llevado de un falso punto de honor, se creyó que era una mengua suya estar lejos del peligro mientras sus compañeros se cubrian de gloria, y desobedeciendo á Cortés, abandonó su puesto para ir á unirse con los combatientes.

Guatimocin advirtió esta imprudencia: hizo que resonara el tambor sagrado en lo alto del adoratorio principal; entonces los mejicanos que huian, volvieron caras, precipitáronse furiosos sobre los españoles, que ya fatigados no pudieron resistir tan impetuoso ataque, el cual costó á Cortés mas de sesenta españoles y mil tlascaltecas.

En consecuencia de este sangriento combate, hubo ocho dias de suspension de hostilidades, durante los cuales se fortificaron bien los españoles en sus acantonamientos. Antes de dar la señal de ataque, Cortés hizo por la última vez proposiciones de paz á Guatimocin, quien pareció estar dispuesto á un convenio; pero esta era una astucia para ganar tiempo y ocultar sus verdaderas intenciones. Queria, aconsejado de sus cortesanos, salir secretamente de Méjico y retirarse á las provincias mas distantes del imperio para reunir un nuevo ejército. Adoptaron todas las disposiciones necesarias para asegurar la fuga del emperador; una multitud de canoas atacaron con vigor á los bergantines, mientras que el emperador escapaba por el lago. Sandoval, que mandaba á la sazon la flotilla, empezó á disparar cañonazos, pero los mejicanos, despreciando el fuego, no trataban mas que de llegar á los bergantines. Advirtió Sandoval que otras canoas cruzaban el lago con rapidez á fuerza de remo, y sospechando que Guatimocin iba en alguna de aquellas, mandó darles caza. Disponíase echarlas á pique; mas así que fue reconocido su intento, los remeros se pararon pidiendo á gritos que se perdonase la vida del emperador. Un capitan español saltó con espada en mano á la canoa y reconoció á Guatimocin en las señales de respeto de los que le rodeaban: adelantóse el mismo emperador hácia el capitan, y con serenidad

le declaró que era su prisionero, que estaba pronto á seguirle, y que únicamente recomendaba su esposa á la caballerosidad de los españoles.

Cuando los mejicanos supieron que Guatimocin estaba prisionero, rindieron las armas, y los españoles fueron dueños de toda la ciudad. Los primeros dias que siguieron á la conquista de Méjico se pasaron en demostraciones de regocijo por tan señalado triunfo.

La conquista de la capital produjo sumision de las provincias del imperio, y todos sus habitantes doblaron la cabeza al yugo de los nuevos conquistadores.

Cortés preparaba una espedicion desde Méjico á Honduras, para someter al dominio español aquella gran comarca; pero mientras que así se ocupaba en aumentar las posesiones á la Corona, y añadia con sus victorias un nuevo esplendor al glorioso reinado de Cárlos V, influido este monarca por las intrigras de los ambiciosos enemigos del ilustre caudillo, intentó arrebatarle su poder y su mando.

Cuando Cortés supo esta providencia del gobierno español, se determinó pasar á España para invocar la justicia del monarca. Se presentó á la corte con el fausto y la magnificencia correspondientes á un conquistador de un gran imperio. La presencia de un hombre que se habia ilustrado con hechos tan maravillosos escitaron la admiracion de Cárlos V, recibiéndole con muestras de distincion. Le creó conde, y le concedió una vasta estension del territorio en Nueva-España: pero no volvió á obtener, como pretendia, el cargo de capitan general.

Regresó Cortés á Méjico lleno de sentimiento por verse reducido á un papel secundario, y para distraerse de sus penas equipó una escuadra con ánimo de hacer descubrimientos en el mar del Sud. El resultado de esta espedicion, en la que corrió grandes riesgos, fué el descubrimiento de la California. Volvióse luego á Méjico, donde las vejaciones y el ódio de sus eternos rivales le eran tan intolerables que no pudiendo resistir á tamaña humillacion, regresó á España creyendo poder contar aún con la justicia del monarca; pero sus ilusiones fueron bien pronto disipadas por el frio recibimiento que le hicieron en la corte, y por la desdeñosa indiferencia con que fueron escuchadas sus quejas.

Despues de siete años de una existencia tan desgraciada y tan lleno de pesares, murió Cortés en su patria el 2 de Diciembre de 1547, á los sesenta y dos años de su edad. Su cuerpo fué trasladado á Nueva-España conforme él lo habia pedido al morir, porque quizá juzgaria, cual otro Scipion, que no merecia su ingrata patria el honor de guardar sus cenizas.

FIN.